

Noche de Congos en una Aldea Ignorada

Por Manuel F. Zárate

Muchos panameños conocen probablemente por su nombre la aldea de PIÑA sobre la Costa Abajo, en la provincia de Colón. Pocos la habrán visitado y muy raros son los que saben cuán olvidados de Dios y de los hombres viven allí unos seiscientos seres hermanos nuestros. Sin duda hay en el país muchos villorrios tan pobres como Piña; pero ninguna ostenta, como éste, su triste abandono a sólo unos 30 Kms. de la ciudad de Colón, al margen de una de las más grandes maravillas técnicas del mundo, el Canal transistmico, y hallándose además, comunicado con éste por una cómoda carretera. Nos apena que la razón de haber visitado por vez primera a Piña no haya sido obra social o de caridad, sino la atracción que desde hace mucho tiempo ejerce sobre nosotros el estudio culturoológico de los Congos. Pero nos complace que sea un tema enraizado en la entraña popular el que nos ha hecho adquirir tantas experiencias en una sola noche. Gracias hemos de dar por la invitación obligante hecha a toda la familia, por un grupo universitario, algunos del curso de Folklore de la Escuela de Temporada que dicta el joven Profesor Julio Arosemena. Fue con ellos que en el atardecer del Sábado de Carnestolendas dejamos Colón para llegar al poblado de Piña, cuando ya sólo podíamos percibir sobre el fondo le-

choso de los postreros lampos crepusculares, las líneas de las palmeras y las chozas, y a lo lejos, el perfil difuso del horizonte marino.

Ya antes del arribo, cruzando los últimos tramos de la selva, habíamos oído el tam-tam de los tambores. Parecían toques de llamada, a juzgar por lo irregular de los sonidos. Aquellos ronquidos que herían las primeras sombras del anochecer se nos antojaban heraldos que nos saludaban y anunciaban la fiesta. La llegada nos emocionó, por lo inesperada y cálida, por la profusión de siluetas humanas que nos saludaban a brazos tendidos, por la vista de las palmeras con sus troncos curiosamente inclinados, por la playa y el mar próximos; en fin, por la bienvenida que nos dirigió uno del grupo, en pintoresco y legítimo dialecto Congo, y por los afectuosos saludos de algunos que nos conocían personalmente desde cuando habíamos presentado sus Congos en la Universidad, hacía años.

Como lo sospechábamos, la fiesta no había comenzado, pero ya se adelantaban los preparativos. Mientras se prendían los mechones de petróleo para alumbrar el "palacio" (humilde enramada), dimos una vuelta, observamos los alrededores y hablamos con algunos moradores. Nota-

mos que cualquier tambo del Africa lejana podía parangonarse con la comunidad que visitábamos. Seres descalzos; pobres vestimentas; muchos varones no llevaban camisa, ni aun por ser fiesta. No hay señales de animales domésticos; casas, con techos de fortuna, zinc corroído, o penca; ausencia de agua potable, de alumbrado, de fosas higiénicas. Ciertamente, teníamos la luz gratuita pero ineficaz de un bellissimo cielo estrellado, que tiempo ha no admirábamos. También reconfortaba (a nosotros, forasteros) la verde lujuria de las palmeras, la canción del mar, la vista de las arenas y el espejo de una bahía cerrada y tranquila, hecha como para dormirse flotando sobre ella. Un par de mancebos tiraba sus atarrayas, hundidos hasta las rodillas en el agua, y sacaban en cada lance sardinas, peces y moluscos, lo bastante quizá, para la cena de la noche.

"Somos como seiscientos habitantes, dispersos desde aquí, subiendo el río bordeando la carretera", nos explicó uno de los residentes; y continuó: "¿Comida? Bueno, cultivamos un poco de maíz, arroz, yuca y frijoles con mucha dificultad, porque los bichos lo destrazan todo. No cultivamos frutales porque las tie-

(sigua a la página 34)



La Reina "Mercé" y el Rey Juan de Dios (centro) presiden el Coro durante el tambor Congo.

Fotos del Autor

NOCHE DE...

rras no son nuestras. Por lo mismo, tampoco criamos ganado ni cultivamos maíz en grande, ni podemos tener cerdos. Sin embargo, con el pequeño sobro de nuestros cultivos y los frutos de la pesca que llevamos a Colón, más algunos jornales que ganamos en la Zona o en las plantaciones de palma de aceite, logramos los realitos para la ropa y las medicinas. No, señor, aquí no hay servicios médicos regulares ni sanitarios. ¿El agua? La traemos en botes, por la bahía, de la boca de un río. Hay algún pozo, pero el agua es salobre, buena sólo para uso externo. Ninguna ayuda nos dan, y bien que la necesitamos. Que conviertan esto en un centro de turismo. ¿Ve Ud esa playa y esa bahía? ¿Ve esas tierras ociosas porque los dueños las dejan "engordar" sin cultivarlas? Mire esa extensión de arenas: a diario llegan trucks y lanchones de Colón y de la Zona, y la extraen con tubos, sin que a nosotros nos quede ni el untado. Esta tierra que pisamos y estas casas iban antes hasta allá a la mitad de la ensenada y ahora nos vamos reculando por causa de la extracción de arena. Cómo prosperarían aquí las crías y los cultivos si nos dieran tierra y máquinas. ¿Los candidatos? Seguramente vendrán para los días del voto; todavía no nos han visitado. Pero ya nos sabemos la canción, y el descaro con que ofrecen y no cumplen. Si Ud. puede, señor, dígalo por el periódico: no pedimos limosna a nadie; pero también somos panameños, y la ayuda, que es obligación de los gobiernos, nosotros la multiplicaríamos progresando. Que nos den una plantita eléctrica, una cañería de agua para no tener que traerla en botes, que nos auxilién en sanidad y agricultura, que nos den tierra, nos ayuden en la pesca y ya verán". Y al oír aquella voz quebrada y enronquecida por la desnutrición y la pena, sentimos en lo hondo, no ser alguien capaz de mitigar las dolencias de esas gentes e iniciar el programa que aquel curtido descendiente de Bayano supo exponer en tan cortas palabras, en tan pocos minutos.

En tanto que hablábamos, en el "palacio" se olvidaban las amarguras. Flameaban ya las antorchas; rasgaban la noche las palmadas y los cuerpos se cimbreaban al conjuro de los tambores y de la brisa ma-

rinera, al igual que los lánguidos troncos de las palmeras. "Mercé", la superba Reina, lucía su firme y espigado cuerpo de caoba, felino y conturbador. Bajo la corona de abalorios y cintas, mostraba un rostro fresco de fruta virgen y unos ojos que sumaban en su brillo todo el vigor y el embrujo de la selva. La tambora mordía el compás y el "seco" y el "jondo" colmaban los intervalos, el primero con su repique de grito, el segundo con su viril y profundo ronquido. Y uniéndose a ellos la rabiosa agonía de las voces femeninas, iba el Conjunto prendiendo la sangre, obligando a escarbar el suelo con el giro de los pies desnudos a plegar corvas y cinturas, a mover con espasmo los vientres, irguiendo pechos y senos, agitando los nervudos brazos, oscureciendo los entendimientos y haciendo que todos se entregaran por entero al frenesí de la danza. Las tonadas se sucedieron toda la noche y el baile crecía por instantes en ardor y destreza, al punto que nos preguntábamos cómo habría de terminar todo aquello. Cada cantalante superaba la anterior; cada tocador parecía más hábil y fogoso que el otro; cada pareja más arrebatada y ebria de ritmo que la rival. Y las horas se hacían pirámides de emoción. Los personajes Congos hacían sus acostumbradas irrupciones y a cada una el conglomerado se enardecía hasta la locura, como llamas de un incendio a las cuales se les arrojara inflamables. En uno de estos lances flamígeros es el Rey que regresa de la selva; en otro, Pajarito excita a todos con su pito y sus acrobacias coreográficas. Ahora es el epiléptico "Barrecontó" quien en mitad del polvoriento piso cae dando saltos y alaridos, mientras que el "Dotol" le presta auxilios, provisto de instrumentos y de la botella de medicina (léase seco). A su hora, el Diablo se presenta y siembra el pánico y la gritería, hasta que las mujeres lo ahuyentan con la insignia y entonces regresan los Congos, aún cohibidos, pero siempre bailando como poseos. El "juego" completo de los Congos no sería posible verlo porque él se iría desarrollando a lo largo de la justa carnavalesca que dura los cuatro días. Pero bastaban las muestras dadas para adivinar el tren que habría de correr en los días venideros.

Como cosa del destino, para que los visitantes tuviéramos mayor idea

de la consagración del Congo, un triste incidente ocurrió en medio de aquella alegre orgía. Se nos acercó de pronto un señor con aspecto de ciudadano, pero con la faz aterrada. Nos comunicó que su mujer había ingerido (intencionalmente) un tóxico y se moría. Nos pedía que uno de nuestros vehículos la llevase de urgencia a Colón. Uno de los compañeros parió en su coche al instante, con la paciente, el marido (Guardia del lugar) y un Maestro que se ofreció de acompañante. Después de la partida, el "Consejo Congo" (yo le doy el nombre) resolvió, al momento, que nada sucedería y que por lo tanto el baile debía seguir. Dos horas más tarde regresó nuestro compañero e informó que la dama había expirado en el camino. Un breve receso y el consejo de los Congos tuvo lugar. Los afectados, se dijo, no son de Piña. Al día siguiente irían todos al entierro si la víctima era sepultada en el pueblo. Mas por esta noche, los Congos podían y debían, según todas las reglas, continuar su ritual. Y más, cuanto que esperaban al amanecer la visita de otro Congo. Así, tambores y cantos, bebidas y danza, recobraron su vigencia.

Las más de las observaciones y anotaciones recogidas por nosotros en experiencias anteriores nos fueron confirmadas en esta noche de Piña. Son cuatro los tambores que acompañan la danza. Uno repica, otro puja, otro "sequea" y la caja marca los tiempos. Las voces fluyen cuasi — independientes, pero no fuera de los ritmos percusivos. Las palmadas van con la caja. La agogía y la continuidad (diferencia con otros tambores) entre la voz de la solista y la del coro, es justa y prodigiosa. Los textos carecen de lirismo; versan sobre las peripecias y angustias de la vida selvática. Dos tipos de ritmos son corrientes: el ternario de 6/8 y el cuadrado de 4/4. En los dos el fraseo es siempre de cuatro tiempos y no de dos. La tonada de 6/8 es más favorecida que la de 4/4, cosa rara si se tiene en cuenta que la primera es de estirpe occidental, especialmente española. Al tambor de ritmo ternario, que desde El Darién hasta Azuero, se le llama "corrido", los Congos de cualquier rincón le llaman TAMBOR CONGO o TAMBOR ATRAVESAO.

(siga a la página 38)

Contra moscas, hormigas y otras sabandijas domésticas

Cebo Matamoscas



VILA HERMANOS, S. A.

Teléfono: 23-0384

Via España 37-114

Apartado Postal 722
Panamá 1, Panamá

NOCHE DE...

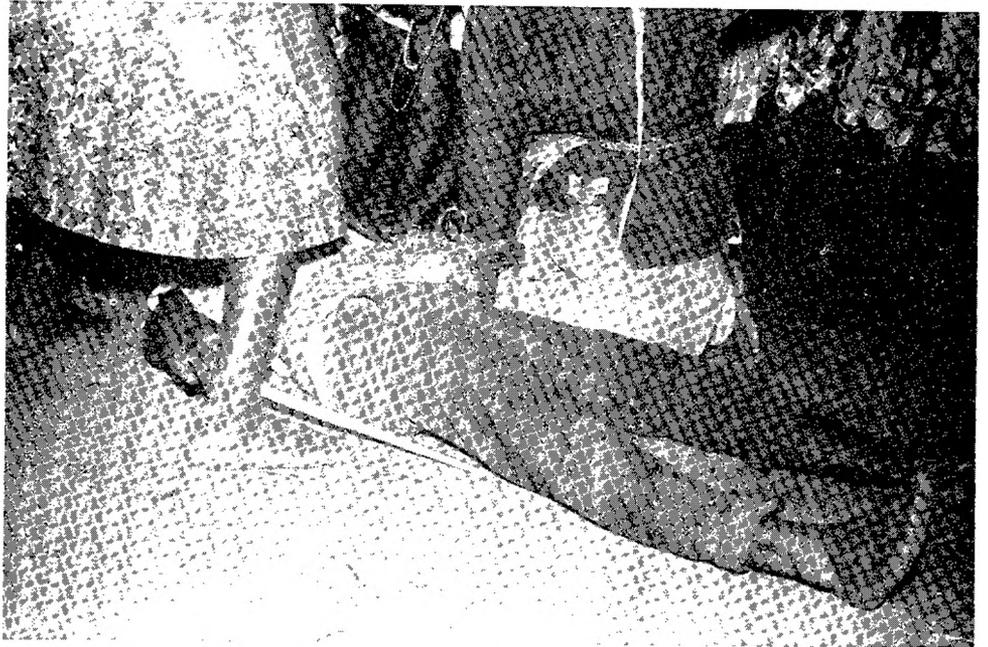
Al tambor con ritmo de lo que todos llamamos NORTE, los congueros lo llaman CORRIDO. Y a uno de los corridos, especialmente sincopado y agitado, le llaman TERRIBLE. La destreza de los tocadores de Piñas nos ha parecido insuperable. Sobre todo el sentido que demuestran de la técnica contrapuntística, de los "diálogos" percusivos. Los pequeños juegos de "fugas" o "decalages" entre las voces y las percusiones que se ofrecen en estos tambores, revelan una sabia tradición. Las dotes personales que adornan a la Reina, joven y bella por demás, su maestría en la danza y la listeza en la dirección del Conjunto, muestran mucho acierto en la comunidad para escoger a sus líderes. Y algo novedoso hemos encontrado en Piña: registramos una narración cantada por un varón con voz de tenor, con una melodía y un ritmo agradables y que por lo pronto nos parecieron originales. El tema es local (corta aventura de unos "piñeros" que fueron a trabajar a la Zona). Está compuesto en la forma de un romance, o corrido al estilo mejicano, pero con indudable cadencia melódica negra. El hallazgo nos induce a mayores búsquedas en esa vía.

Como es de rigor, no podían faltar a su hora debida, la mesa y los platos congos. Frutos de mar en primer término; añádase iguana, ñeque y otra presa de caza; legumbres, coco, y quizá en honor de los visitantes, gallina o algo parecido. Mientras los más bailaban, al lado del "palacio" flameaban los fogones y de ellos se levantaban los vapores fragantes de una improvisada cocina. Infelizmente, siendo ya horas de la madrugada, teníamos que abandonar Piña para amanecer en casa. Y fue con pena que lo hicimos, precisamente en los momentos en que llegaba el Congo visitante, oriundo de Achote. Con ese motivo el programa de danzas y tambores llegaría a los extremos. La concurrencia se doblaba y brillaría con todo esplendor la galantería de visitados y visitantes, especialmente en el ramo de comidas y bebidas. Ello podría ser tema para otra crónica, tan larga como ésta, y sentimos no haber dado testimonio de ese gran final. Por ahora sólo nos queda expresar nuestra voz de simpatía y de gratitud para los Congos de Piña, confirmándoles nuestra promesa de regresar otro día y quedarnos allí hasta probar los dones de su cocina, como ya hemos probado los de sus sanos afectos.

El Diablo irrumpe en el grupo Congo durante el baile.



"Pajarite" y la Conga "Folofa" realizan un difícil paso de tambor Congo.



Paroxismo de un Congo en plena danza.

